

REFLEXIONES ÉTICAS

▪ Marta Petersen Farah* ▪

Aunque la metáfora de la luz se encuentra unida a la filosofía desde su mismo poema fundacional —la diosa que llevó a Parménides a las regiones claras— y el mito de la caverna de Platón se ha convertido en una de las aventuras más repetidas del mundo occidental, el ámbito de la filosofía no es claridad sino penumbra. Entre las luces y las sombras, en las riberas de las ciencias y las religiones, en un espacio de problemas que nadie reclama para sí, la alborada sería su imagen más certera.

De la filosofía no pueden esperarse recetas, mucho menos normas absolutas para la vida. Sólo pueden esperarse algunas reflexiones, pequeños claros en el bosque que nos permitan afinar la visión: apreciar la corteza del árbol sin perder el horizonte de verdor; descubrir algunas verda-

* Académica del Departamento de Filosofía en el ITESO. Es licenciada en relaciones industriales por el ITESO y maestra en filosofía social por el Instituto Libre de Filosofía y Ciencias. Ha sido consultora financiera y consultora de empresas, y maestra en el Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, en Guadalajara, Jalisco (correo electrónico: marta@iteso.mx).

des que hacen imposible la contemplación desinteresada, que modifican para siempre la situación del que las contempla, verdades que ponen en marcha la vida.

La crisis económica actual nos obliga a pensar representaciones del mundo que se habían aceptado en su globalidad sin que encontrara útil examinar los mecanismos de su funcionamiento. Esta misma idea la expresó en sus *Lecciones de metafísica* el filósofo José Ortega y Gasset, hace más de 70 años, cuando explicaba a sus alumnos la diferencia entre contar-con algo y reparar-en algo. Contamos con la mayoría de las cosas que existen: la firmeza de la tierra, la presencia de los otros y no reparamos en ellos hasta que fallan. Entonces, asombrados por la aparente incongruencia del mundo, nos preguntamos por el nombre del compañero, las causas de la crisis y en el caso más extremo por nuestra propia persona.

La complejidad de los problemas del mundo exige hoy acercamientos multidisciplinares, diálogos intensos entre las antiguas parcelas del saber: exige interés (*inter-esse*, estar en medio de y entre las cosas) pues es posible que, como lo señalaba hace muchos años Heidegger, a pesar de que el mundo da cada vez más qué pensar, desde hace siglos el hombre ha estado actuando demasiado y pensando demasiado poco.

La economía necesita una ética y la ética actualmente tiene que asumir la economía para poder ser ética. Tenemos que considerar el papel de la ética en la economía y no la ética para los economistas, que por lo general se limita a una serie de prescripciones legales cuyas funestas consecuencias vivimos hoy. Si hablamos de una economía funcional, es decir que está precisamente en función de, el papel de la ética sería obligar a la economía a que sea realmente honesta en su actitud y clara en sus supuestos, supuestos que se dan hoy como absolutos, que justifican el sistema y que no son sino productos humanos definidos por el uso o por presupuestos normativos que algunos especialistas han decidido utilizar.

Dos tipos de reflexión son posibles: las que apuntan inmediatamente a las acciones que desencadenaron la crisis, y las que van más allá, a pensar el sistema mismo y las posibilidades reales de convivencia humana.

Dentro de las primeras, podríamos decir, de manera muy simple, que la crisis actual es una crisis de responsabilidad y de transparencia. Las actuaciones irresponsables y oscuras de un puñado de actores desaparecieron en pocas horas grandes fortunas ahorradas honradas de hombres y mujeres, instituciones y hasta países enteros.

Desde el 2001, Rolf H. Carlsson, economista y consultor en estrategias de negocio, se preguntaba: ¿qué significa realmente ser accionista? ¿cuál es la responsabilidad real de los que ostentan este título sobre el desempeño concreto de las empresas y la generación de valor de las compañías en las que participan? ¿cómo convertimos a los *stock-holders* en *stock-owners*? Independientemente de que su respuesta pueda parecer demasiado pragmática para muchos, pues no cuestiona algunos aspectos clave de la economía vigente, creo que su planteamiento es muy interesante en estos momentos, en términos de atacar de frente algo en lo que muchos especuladores han resbalado: la responsabilidad sobre lo que se tiene: hijos, casa, ciudad, acciones. En la mente de los que participan en la bolsa, la ganancia está cada vez más desprendida del trabajo honesto y de la producción real de bienes y servicios.

Desde un punto de vista más amplio, tendríamos que desmitificar algunas nociones en las que se sustenta el discurso económico. Sin tratar de agotarlas, propongo algunas para iniciar nuestra reflexión.

Empleo. Una de las soluciones que se ha manejado con más frecuencia como posible salida de la crisis es la generación de empleo. En un sistema que nos requiere más como consumidores que como productores, la dinámica de producción está diseñada para generar desempleo. En la tendencia actual, cada vez más, el componente de la mano de obra para la producción va a ser menor.

Sin embargo, nuestro sistema produce no sólo niveles de bienestar sino identidades a partir de una posición específica en las fuerzas de trabajo: somos licenciados, doctores, economistas etc. Para muchos, la pérdida del empleo implica la pérdida de todas las circunstancias que lo rodean: posibilidad de sobrevivir, identidad, grupo de referencia. El desempleo es una importante manifestación de un proceso creciente de exclusión, en el que parece que el 75% de la humanidad es prescindible.

Por otra parte, es evidente que la mayoría de las personas que tienen el máximo acceso a la riqueza en realidad no tienen empleo: tienen empresas o acciones pero no empleo. Los grandes capitalistas no se están jugando en este momento su empleo personal, muchos de ellos nunca han sido empleados o lo fueron sólo durante algunos años.

Los discursos de los dirigentes aparecen en este contexto como carentes de sentido, pues la dinámica actual de la generación de riqueza ya no proviene de la explotación directa de las fuerzas de trabajo sino de la explotación real de los aparatos de Estado. Los capitales tienen una gran movilidad y se van donde obtienen una mayor tasa de ganancia. Aunque no es una forma totalmente especulativa, sí aprovecha y especula con las condiciones que plantea la situación fiscal de un país determinado y clausura la posibilidad de manejar la economía desde una visión política, promoviendo la destrucción de la democracia.

En la práctica, la economía se ha convertido en un misterio inmanejable y no hemos sido capaces de reconocer que es una locura que una economía esté funcionando única y exclusivamente para el incremento de las tasas de ganancia y no esté fundamentada en las necesidades reales del hombre.

Ganancia. En general, hay dos maneras de entender el término ganancia: como excedente apropiado o simple y llanamente como sinónimo de excedente. En el primer caso se habla de que alguien gane algo, en el segundo, de un indicador claro de que las cosas van más o menos

bien y que, por tanto, el esquema puede reproducirse. Si el excedente tiene función de sustento del sistema, no es excedente sino parte necesaria de su funcionamiento, su reproducción y su crecimiento. La pregunta que se plantea aquí es: ¿por qué el sistema necesita crecer?, cuando en realidad tenemos suficiente producción para sustentar más que elementalmente una serie de necesidades fundamentales para la humanidad, no sólo necesidades mínimas sino aquellas que hacen posible el proceso de seguir humanizándonos. En la lógica de producción neoliberal se ha medido el crecimiento sólo en función del incremento de consumo de bienes nuevos y distintos. El incremento en la calidad de las relaciones humanas, el aprovechamiento de lo ya establecido, el disfrute de bienes y posibilidades abiertas por generaciones anteriores, no forman parte de la definición de crecimiento.

Curiosamente esto coexiste con el convencimiento de que la posibilidad de que la humanidad pueda explotar otros planetas cercanos está por lo menos a 400 o 500 años de distancia, y que por los próximos siglos estaremos confinados a este planeta. Si mantenemos este ritmo de consumo, que sólo beneficia a alrededor del 10% de la población, tendríamos que eliminar sistemáticamente al resto de los seres humanos.

Justicia. La economía es para el hombre, no el hombre para la economía. Una economía al servicio de la vida no puede dejar de preguntarse por la noción de justicia, no sólo en lo referente a la protección de los derechos humanos fundamentales y a la pretendida igualdad de oportunidades, sino por la justicia intergeneracional, por la responsabilidad de abrir posibilidades de existencia para las generaciones por venir y por la posibilidad de desarrollo de otras formas de vida no orientadas al éxito y a la competencia. Cada día parece más evidente que un mundo humano, justo y sustentable, sólo será posible desde una decisión social por detener el consumismo y la competencia.

Sociedad. La economía es hoy uno de los principales elementos que configuran las relaciones humanas; configura nuestros proyectos, nuestras formas de colaboración, nuestra idea de cultura y sociedad. Una economía que privilegia, de manera irreflexiva, al individuo sobre la especie, que declara que el acceso a la vida digna sólo es posible compitiendo, desplazando y venciendo, está generando forzosamente autodestrucción.

En el fondo, desconfía siempre del otro, el competidor, el enemigo, y justifica tácticas y estrategias para apropiarse al máximo de la riqueza del mundo. Sin embargo, el *homo sapiens* no se agota en el *homo oeconomicus* y prueba de ello es el índice cada vez más grande de depresiones, relaciones rotas, grupos fragmentados y hombres y mujeres solitarios que deambulan por nuestra sociedad de progreso y éxito.

El terremoto económico-financiero en Nueva York ha puesto en evidencia no sólo el desconocimiento de los mecanismos de control y funcionamiento de la economía sino también la necesidad urgente de una reflexión transdisciplinar sobre el destino que queremos para la humanidad y su único hábitat: la tierra.

Bibliografía

- Amir, Samin (2003). *Más allá del capitalismo senil*, Buenos Aires, Paidós.
- Carlsson, Rolf (2001). *Ownership and value creation*, Sussex, Wiley.
- De Velasco, P. y M. Petersen (2004). “Apuntes para un diálogo entre ética y economía”, mimeo.
- Kûng, Hans (2006). *Ciencia y ética mundial*, Madrid, Trotta.
- Sloterdijk, Peter (2007). *En el mundo interior del capital*, Madrid, Siruela.